

NOTA DE VIAJE POR NUESTRA HISTORIA NACIONAL

Por RUBÉN CALDERÓN BOUCHET (*)

Cuando uno decide pertenecer a una determinada línea histórica, nacional o hispánica, la imaginación entra a saco en el pasado y comenzamos a desempolvar recuerdos que apuntalan mejor nuestros propósitos y dejamos olímpicamente de lado los episodios lamentables que nuestros eventuales enemigos sabrán explotar con minuciosa facundia. Recordar es elegir y, olvidar, una misteriosa aptitud higiénica que nos permite desprendernos de todo ese lastre que agobia y hace desfallecer el ánimo con que debemos enfrentar los desaires de la suerte. Si esto, que en el curso de la existencia personal es perfectamente legítimo ¿por qué ha de serlo menos en la duración del tiempo histórico? ¿Por qué no olvidar los acontecimientos vergonzosos y recordar solamente aquellos que dan fuerza y brío a nuestra voluntad de marchar con la cabeza erguida y sentirnos herederos de un noble pasado que sostiene y obliga?

Cuando aseguramos que la conquista española de América fue hecha con el propósito de expandir la fe católica, es una verdad fundamental que nos permite olvidar algunos crímenes cometidos por los pocos o muchos bandidos que se sumaron a los conquistadores por espíritu de aventura, afán de riquezas o por el simple deseo de retozar a sus anchas en un mundo donde se terminaban los usos y las costumbres de la sociedad a la que habían pertenecido. Poner la atención en los desmanes, cuando no es complacencia en la abyección y disgusto por la vida, es un voluntario deseo de descalificar el valor de una empresa, posiblemente para favorecer otra de signo contrario. ¿A qué espíritu atribuir la obra de desprestigio emprendida por Fray Bartolomé de las Casas? No me atrevería a anunciar una conjetura fundada en buenos conocimientos de la historia y dejo al ánimo de cada uno, la respuesta que pueda complacer mejor el talante de sus recuerdos históricos en pro o en contra de la conquista española.

(*) Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza).

A partir de Nietzsche y más tarde del espléndido trabajo de Max Scheler sobre el resentimiento, se habla mucho de esta complicada situación del alma humana y, al colocarla en el ámbito de un tópico de uso mundano, se tiende a darle significados muy distintos que, al sacarla de sus quicios, la convierten en un término clave para sostener cualquier denuedo. Así es resentido todo el que tiene alguna invalidez y la convierte en motivo de odio contra todos los otros. Hoy, la palabra discriminación, parece especialmente fabricada por todos los resentidos, para lanzar contra los demás la acusación de que se fijan en lo que consideran su defecto con la intención de herirlos y vulnerar su dignidad. ¿Era Fray Bartolomé un resentido o estaba en una intriga de desprestigio con un móvil político clara y fríamente premeditado? Tanto en un caso como en otro, el buen historiador podría encontrar las razones que avalan una u otra imputación y dar al resonado asunto una conclusión que termine de una vez con la sombra fatídica de este esperpento que se atraviesa en el cambio de cualquier consideración sobre la obra de España en América.

Hace muchos años leí una biografía sobre Pedro de Valdivia escrita por una profesora norteamericana que luego de algunas jaculatorias sobre la fanática crueldad de los castellanos, entra a muy buen paso a contarnos las aventuras del conquistador en las tierras de Chile y se detiene, mujer al fin, con alguna prolijidad en el romance de Valdivia con doña Inés Suárez, episodio que ha hecho derramar tinta a raudales a otros historiadores y que ha inspirado algunas novelas del más rancio abolengo romántico. De cualquier modo don Pedro no era nada menos que todo un hombre, como diría don Miguel de Unamuno, y bajo su coraza de guerrero latía un corazón sensible a los encantos de una mujer y ¡qué mujer! como era esta doña Inés que lo acompañó diez años sosteniéndolo moral y físicamente en su lucha contra los araucanos y las inclemencias de toda índole en las que era tan pródiga esta tierra todavía salvaje.

Fue en su última batalla, en el combate librado en Tucapel entre cuarenta españoles contra ocho mil araucanos, donde don Pedro dio todo el volumen de su gallarda hidalguía, porque, como nuestra historiadora lo dice, pudo eludir el encuentro a uña de buen caballo, dado que montaba un corcel de muy buena raza y la refriega tenía todo el carácter de un suicidio heroico.

Se ha insistido hasta la saciedad sobre la codicia que movía el ánimo de los conquistadores de estas tierras, pero se me hace un poco difícil entender en qué medida una pasión tan baja puede provocar un gesto de sublime compañerismo de armas como este de Valdivia, cuando superando las exigencias impuestas por su jerarquía decidió permanecer con sus camaradas hasta el último sacrificio.

¿Influyó sobre él la tristeza de haberse visto obligado a abandonar a Inés de Suárez por imposición de las autoridades españolas? La autora deja entrever la existencia de este sombrío designio y algunas de las decisiones tomadas por Valdivia en los últimos actos de su gobierno pueden confirmar su opinión. No

obstante resulta un poco difícil interpretar la conducta de los conquistadores españoles en una clave puramente romántica. Tanto Valdivia como la misma Inés Suárez tenían el alma demasiado templada en los recuerdos heroicos de la «reconquista» española para ceder a una tentación que anticiparía la melancólica inspiración de los versos de Becquer. Valdivia murió peleando a bote de lanza y a lanza seca y aceptó su martirio para no dejar a sus amigos y al buen sacerdote que los había asistido. A doña Inés la dejó casada con uno de sus capitanes, don Rodrigo de Quiroga, pero tampoco vivió mucho tiempo, sin que podamos saber nada acerca de los misterios de ese gran corazón de mujer.

El combate en torno a los orígenes de nuestra independencia y las razones que tuvimos en nuestra guerra civil contra España, se dirime en un terreno lleno de confusiones y resulta pesadamente difícil sostener el ánimo patriótico y la necesaria nostalgia de ese Gran Imperio del que fuimos parte y que nos legó los principios espirituales que conforman nuestro ser nacional. Existen los que sostienen que el 25 de mayo fue un movimiento promovido en la línea de defensa de la España tradicional contra la invasión napoleónica y la nueva fe de los ilustrados que ya había penetrado en las filas de nuestra burguesía portuaria. Los hay también que sostienen todo lo contrario y hacen del 25 de mayo una fecha similar a la toma de la Bastilla y nos imponen la continuidad de un discurso revolucionario que implica una ruptura histórica total y el comienzo de una joven nación que rompió para siempre las ataduras que la ligaban a una ignominiosa situación colonial. Personalmente prefiero pensar que somos los fragmentos de un Imperio que se rompió tanto por desfallecimiento de sus fuerzas interiores como por la coacción de sus enemigos coligados para destruirlo.

No soy historiador y jamás leí con aptitudes de especialista, los documentos que dan razón a uno u otro partido en esta larga discusión histórica. Si me atengo a la influencia recibida en los colegios y en el fervor de las homilias pregonadas en las efemérides patrias, la idea revolucionaria se impone con todo el peso de la opinión oficial. Hasta nuestro himno nacional, escrito por un español de la más clara estirpe, don Vicente López y Planes, señala con marcada insistencia, nuestra ascendencia incaica: «Se conmueven del Inca las tumbas y en sus huesos revive el ardor, cuando ve proclamar a sus hijos, de la patria el antiguo esplendor».

En Perú y en Bolivia puede haber muchos descendientes de estos incas que sienten en sus venas el antihispánico rencor de los vencidos, pero en nuestras tierras del Río de la Plata, los que tenemos una pizca de sangre indígena, sabemos que nuestros antepasados aborígenes no soportaban el dominio incásico con la ecuánime unción del autor de nuestro himno y estuvieron siempre muy bien dispuestos a mezclar su sangre con los conquistadores españoles que trajeron, con la verdadera religión, una aptitud para el amor familiar que no era muy usual entre ellos.

Una de mis tatarabuelas, doña Josefa Andino Mallea, descendía de don Juan Eugenio de Mallea, uno de los fundadores de San Juan y que contrajo religioso matrimonio con la hija del Anta Huarpe de Angaco, previamente bautizada con el nombre cristiano de Teresa Asensio. Este casamiento dio origen a una de las familias más antiguas del país que cuenta entre sus numerosos descendientes a don Domingo Faustino Sarmiento y a don Eduardo Mallea uno de los insignes exponentes de nuestra literatura.

Como en nuestro suelo no hemos tenido un investigador de la talla de Joseph Smith, el fundador de los mormones, no sabemos si los huarpes provenían de una de las doce tribus de Israel traída en un Ovni hasta las provincias de Cuyo. Los mormones se han instalado en Mendoza pero como carecen de humor va a ser un poco difícil hacerles ver la gracia que tendría un descubrimiento de esta naturaleza.

Para la Universidad Autónoma de Méjico soy judío y no por mi ascendencia Huarpe, sino por provenir directamente de algún rabino de la ciudad de Vitoria donde nació don Francisco de Urbina, nuestro antepasado, sobre el cual recae la sospecha mejicana de ser un auténtico marrano.

La discusión a que nos referimos cuando empezamos a escribir esta nota es la que se entabla en torno a nuestro origen nacional: ¿Somos hijos de una ruptura con que los conquistadores nos encadenaron a la Corona Española o somos los fragmentos de un imperio que se destrozó por causas atribuibles al debilitamiento de su cuerpo político? En el primer caso tendremos que volver a reconquistar nuestros idiomas perdidos en la conquista y expresarnos como podamos en alguna de las lenguas indígenas renunciando para siempre a la herencia milenaria que nos liga a Grecia y a Roma y nos hace indignos herederos de ese enorme esfuerzo cultural que impregna el contenido del idioma español. En el segundo caso, es el que a mí me gusta, tenemos desde la partida el gran motivo que explica para siempre nuestra nostalgia y satisface así la modalidad de nuestros cantares gauchos, las tristezas de nuestros tangos porteños y, si se abusa de la extensión de este sentimiento, las exquisiteces de esa melancolía que Borges supo imprimir a sus mejores versos.

Borges es un caso de estudio, nuestros nacionalistas no lo aman nada y él tampoco los quiso demasiado. Es claramente sospechable que los judíos lo pusieron sobre el pavés y él, no solamente halló complacencia en alabarlos siempre que pudo, sino que manifestaba una particular coquetería, en reconocer entre sus antepasados, algunos representantes del pueblo elegido. Este ligero orgullo de estirpe y su gusto personal por la «Cábala» le dieron una cierta prestancia filosemítica que pudo favorecer su carrera, pero no explicarla en su totalidad. Borges fue un escritor de mucho talento y no se puede negar, por muy nacionalista que uno sea, la muy argentina calidad de su inspiración. Amaba el coraje y amaba esos arrabales de Buenos Aires donde

la Pampa asomaba el prestigio de su presencia gaucha, en «esas sórdidas noticias policiales» de las que suelen hablar sus versos y algunos de sus cuentos más significativos. A los que nos hemos criado en alguna vieja estancia marcada por los malones y en donde perduraban auténticos rezagos de esos viejos tiempos «de a caballo», sus evocaciones nos pueden parecer un poco librescas e inventadas por un muchacho podrido de literatura y más aficionado a contemplar «figuritas» que a cabalgar en pelo y sostener un ternero con la cola entre las patas, «aunque le cague los dedos», como decían nuestros viejos paisanos.

De cualquier modo lo apreciamos y lo consideramos «nuestro», aunque nos hagan reír un poco sus melindres de «niño tragalibros» y esa costumbre de hacerse llamar «Georgie», inspirada por alguna institutriz inglesa y a la que debe, no solamente el sesgo «pitucón» de sus sobrenombre, sino también esa suerte de voluptuosidad asexuada que tuvo en su relación con las mujeres, donde aparece más como un niño lúbrico que como un varón maduro y fecundo. Pero dejémoslo que descanse en paz, su última nurse, medio japonesa, administra muy bien su memoria y sabe extraer de ella los recursos de una viudez bien rentada.

Siempre pensé que yo descendía de uno de esos conquistadores y jamás se me ocurrió la idea de que mi familia haya sido encadenada en la esclavitud de un coloniaje opresivo, por esa razón me negué abiertamente a oír «el ruido de rotas cadenas» de las que habla el himno nacional y mantuve la sospecha de que se trataba simplemente de una retórica abusiva de la que habían hecho gala los franceses revolucionarios en su relación con el Antiguo Régimen.

Nuestro Antiguo Régimen fue la monarquía española, una autoridad paternalista recordada sin exageración por nuestros criollos cuando decían un «rialito» para designar una moneda o el «Camino real» para señalar el sendero más espacioso que unía una población con otra.

Hace más de sesenta años tuve oportunidad de visitar a un viejo poblador de la zona que se extiende en el límite de las provincias de San Juan y San Luis. Se llamaba don Prudencio Calderón y después de unos buenos tragos, cuando empezábamos a sentirnos un poco parientes, apareció en el rancho uno de sus hijos: un hombrón muy alto y de recia contextura que se arrodilló ante el viejo y le pidió su bendición.

«Dios te haga un santo» —le dijo don Prudencio y le hizo una señal de la cruz sobre la frente.

Me conmovió la sobrevivencia de este rito que creía para siempre sepultado en ignominioso olvido y que de repente emergía allí, en ese rincón silvestre, entre altos pajonales de pasto puna y algunos cauces de arroyos secos que esperaban con resignación la llegada del agua, siempre tardía, de las lluvias.

«A éste le dicen “El Jote” –me explicó el viejo–, porque es demás ladino para seguir un rastro y es capaz de no perder la “güeya” de un caballo en muchas leguas de recorrido».

Yo, que soy miope, me quedé pensando un momento en la degeneración que produce el hábito de la lectura y para no deprimirme del todo, en las muchas cosas que podía percibir en un libro y de las que el pobre «Jote», mi pariente, no tenía la menor idea. De cualquier modo la comparación no me favorecía mucho y aquél robusto ejemplar de varón tan bien metido en su cuero y tan acomodado al paisaje donde se movía, no me daba lugar a envanecerme sobre mis conocimientos de la «Jeune Parque», como solía decir doña Victoria Ocampo para señalar con desdén la diferencia que la separaba para siempre de la «merza» peronista.

No podía tildar de bárbara la costumbre de pedir la bendición del padre y recibirla de rodillas en un gesto de veneración casi religiosa. Tampoco me parecía más civilizada la de darle una palmada en la espalda y decirle, entre guasón y cariñoso: «Cómo te va, viejo, veo que todavía no estás muerto y vamos a tener que esperar un rato el café del velorio».

Es verdad que sobre esta última salutación al Jefe de Familia ha pasado el aura restauradora de la libertad jacobina, por supuesto adaptada a nuestras costumbres, a nuestros usos y a la chabacanería impuesta por la influencia de los tanitos porteños. Don Prudencio, con su larga barba blanca y el gesto ecuestre de sus piernas arqueadas por el uso perenne del caballo, era una figura demasiado convencional del Antiguo Régimen para no sospechar en ella un decidido propósito de anclaje en el pasado. Puede ser pero debemos descartar cualquier influencia folklórica. Era supremamente iletrado y si le gustaba representar como «loj de antes» era puro acatamiento a una costumbre ancestral no discutida. Pero eso sí, conservada con el sentimiento de oponerse a la invasión de hábitos que rechazaba desde lo más profundo de su alma.

Muchos han sido los visitantes extranjeros que, al pasar por nuestro suelo, han visto en el hombre de la Pampa una cierta disposición para la tristeza. Esta disposición puede apreciarse mucho más en el criollo que en el gringo o en el hijo del gringo. Da la impresión, que más allá de los recuerdos personales que pueden o no ser tristes, busca la mítica huella de un paraíso perdido que alguien, no sabemos quién, le robó para siempre. A lo mejor fue «Juan sin Ropa» el forastero que venció a Santos Vega en memorable payada y para completar su victoria lo rodeó de un fuego mágico y ni las cenizas quedaron de ese legendario cantor de nuestras pampas. Así como Martín Fierro cambió de nombre y se perdió con sus hijos en el anonimato de una noche histórica, don Segundo Sombra se hundió al galope corto de su caballo en la nostalgia de un horizonte que la melancolía de Fabio, su ahijado, convirtió en el misterio de una orfandad más mítica que personal. Sí, es la Pampa la que nos sugiere la presencia inefable de una sombra que pasa montada a caballo y se pierde

en la oscuridad como un sueño. Recuerdo que siendo todavía un niño dejé la guitarra de mi padre colgada en el brocal de un pozo porque creía, con los versos de Santos Vega:

Que si la guitarra algún mozo
en el crucero de un pozo
deja de intento colgada,
llega la noche y callada
al envolverla en su manto
se oye el prelude de un canto
entre las cuerdas dormidas
cuerdas que vibran heridas
como por arte de encanto.

Es el alma del payador. No sé si esperé mucho tiempo o me quedé dormido en cuanto puse mi cabeza en la almohada pero estoy seguro que todavía, ya anciano, suelo mirar bajo el sauce que da sombra a mi cuarto para oír, en la oscuridad, el misterioso prelude que se hunde en el pozo de mis recuerdos.

Cuando nos asomamos a contemplar algunas costumbres de nuestros paisanos no es raro descubrir en ellas el reflejo perdurable del viejo cristianismo hispánico, sino también, y no pocas veces, alguna reminiscencia extraña a la fe católica y que no sabemos bien de dónde puede provenir. En los velatorios del campo se suele solicitar la presencia de una rezadora profesional, generalmente una vieja del lugar que recita el Credo y añade por su cuenta algunas jaculatorias que improvisa en torno a la vida del finado. Recuerdo haber asistido en San Luis al velatorio de un viejo borrachín empedernido y que, conforme a la fúnebre improvisación de la rezadora, «su alma viajaba al paraíso en el suave algodón de una nube rosa», mientras su cuerpo «miserable» y al parecer «culpable único de todas sus fechorías» era entregado al furor de las larvas subterráneas que darían cuenta de sus iniquidades. En esta tajante dicotomía maniquea, el cuerpo cargaba con el peso abrumador de las culpas acumuladas, mientras el alma escapaba al cielo, inmaculada y pura y tal vez un poco avergonzada de haber vivido tanto tiempo en impúdico abrazo con esa carne destinada a la putrefacción.

Mi pregunta era ¿de dónde había sacado la vieja esas nociones decididamente dualistas de nuestro destino esjatológico. Me parecía muy lógico que en el rezo del Credo confundiera a Poncio Pilato con Pancho Piloto, para mí desconocido, pero cuyo nombre auspiciaba la confusión, pero lo que allí se deslizaba era una herejía formal y no creo que la vieja la hubiera creado de su cosecha, ni que tuviera alguna relación remotísima con la filosofía de Platón. Se me ocurrió pensar que podía ser influencia de gitanos, pero es una ocurrencia sin fundamentos serios y los amigos que consulté, conocedores de esa

comarca, no me pudieron sacar de la duda, aunque también habían observado en varias oportunidades, esa curiosa gnosis maniquea.

Los nacionalistas argentinos, y entre ellos me entrevero, es común sentir un sano rencor contra Rivadavia, Sarmiento y otros egregios representantes del liberalismo unitario en abierta lucha contra lo que llamaban la barbarie gaucha de los caudillos federales. Soñaban con una Argentina moderna y nos atrevemos a decir: protestante, si tomamos en consideración que el liberalismo es hijo dilecto de la Reforma, tanto por sus orígenes como por su constitución intrínseca. El nacionalismo argentino es católico y por más que hagan sus enemigos para colgarle el sambenito del nazismo, nunca podrán meter en sus motivaciones pasionales algo tan repugnante a nuestra tradición como el racismo. Podremos sentir contra el «lobby» judío la natural aversión que se siente frente a un grupo humano perfectamente organizado para combatir nuestros principios espirituales y luchar contra nuestras puestas políticas, pero nunca nos podrán hacer odiar a una judía linda o hacernos rechazar la amistad de alguien por el solo hecho de ser judío. No hablo de los conversos, porque esos ya no pertenecen al clan y muchos se adhirieron a nuestra causa con tanta pasión como inteligencia.

Como corresponde he sido acusado de nazi y esta acusación consta en un periódico judío escrito en alemán y que tiene una circulación bastante extensa en la colectividad. Para mí es una imputación tan absurda como la que se me hizo en la Universidad Autónoma de Méjico cuando se rechazó a uno de mis hijos, sacerdote de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, por ser judío. Las razones de esa imputación no podían ser más claras, mi nombre de Rubén delata con seguridad mi ascendencia semítica y eso que no sabían que mi mamá se llama Esther y que tengo una tía que se llama Sara. Son indicios tan evidentes como creer que mi abuela paterna era griega porque se llamaba Macedonia y mi bisabuelo Calixto.

Judío para la Universidad Autónoma de Méjico y nazi para los judíos, tengo la suerte de vivir en un país que escucha con la misma indiferencia una u otra acusación y se contenta con saber que soy el mismo «Flaco» Calderón hijo de Dardo y de Esther, padre de ocho hijos y abuelo de una cuadrilla de nietos en la que hay de todos los colores entre moriscos y arios, sin faltar, como es de estilo, los rasgos semíticos de algunos de ellos que delatan la persistencia de alguna abuela hebrea y no digo judía, porque San Pablo hacía una sana distinción cuando se dirigía a los hebreos o hablaba de los judíos, de los cuales provenía como perseguidor de Cristo.

Sobre los orígenes del nacionalismo argentino se ha discutido mucho y aunque todos los habitantes de este país nos sentimos hermanados en algunos defectos, el «ismo» añadido al carácter de la nación, no es aceptado con la misma ecuanimidad y provoca una vigorosa repulsa entre aquellos que perciben en la designación el ominoso parentesco con los fascistas, los falangistas

o los repudiables nazis para siempre malditos por la propaganda anglo-judaica, que nos globaliza a todos en la misma tortilla ecuménica.

Aristóteles nos enseñó que el individuo no es definible y para poder hacerlo conocer entre quienes no pueden percibirlo por los sentidos, no hay más remedio que una prolija descripción que apunta a accidentes, inevitablemente comunes y ninguno de los cuales emerge como denotación única e irreiterable. Indudablemente somos hijos de España y aunque hablamos un español no muy castizo nos hacemos entender entre todos los pueblos de lengua española sin tener que recurrir a ningún intérprete. Por supuesto tenemos algunas locuciones vernáculas que en una conversación o un escrito dirigido a otros españoles, exigen algunas aclaraciones semánticas para poder ser comprendidas, pero siempre apelando a términos usuales a la lengua madre.

La globalización es un proceso uniformante que supone la destrucción sistemática de todas las diferencias nacionales y tenemos la sospecha de que en esta empresa están interesados todos los «lobbies» financieros que manejan el mundo. Entre nosotros aparecen esas figuras borrosas que ofrecen un «look» más o menos nacional cuando asoman sus jetas de vivillos y ofrecen al público elector la vieja pacotilla de las consignas peronistas o radicales, en la actualidad muy parecidas, y que tienen el mismo aspecto gastado de los billetes que han pasado por muchas manos. Menem, Alfonsín y ahora Fernando de la Rúa o el «Chacho» Álvarez son figuritas de cartón que los usureros sostienen por un cierto lapso sobre los escupidos paveses del sufragio para que la gente no se canse de ver siempre la misma cara. Los préstamos futuros sumados a los pasados y los actuales se suceden sin intermitencias y constituyen el fundamento de la única política que estos imbéciles conocen. El país ha sido vaciado de su sustancia humana y económica y sólo espera las órdenes del Fondo Monetario Internacional para terminar, con sus vastos territorios, en los bolsillos de los amos del mundo, convertido en manoseables billetes de banco. Nadie puede poner una empresa sin recurrir al prestamista, todo aquello que suponía una posibilidad de autonomía económica es sistemáticamente combatido por las leyes y las maniobras bursátiles de los que manejan las finanzas con la sumisa adhesión de los políticos profesionales.

¡La patria! Un pobre sentimiento folklórico adherido a las cuerdas de la guitarra e inspirador de algunas canciones donde gime una protesta anacrónica y que los usureros permiten en tanto sirven para atacar las pocas fuerzas que todavía laten en los pechos de algunos argentinos, menos resignados que los otros. El exiliado, el abatido por la policía, el ex cura, el ex montonero o el ex hombre son convocados en sus deprimentes prefijos para ser expuestos como los númenes de nuestra convocatoria de acreedores. El ex impone su catadura de vencido y lo hace con el orgullo y la ostentación del que no tiene otra cosa que exponer pero que sabe perfectamente bien que la partícula negativa lo coloca con privilegios en el marketing de los productos vendibles.

